

Pie
de
página⁴
⁴ Revista literaria
de creación
y crítica

4 / Guayaquil
I semestre 2020
ISSN 2631-2824

Narrativas *queer* del Ecuador y América Latina: condenas, muertes, exclusiones y resignificaciones

65

Pedro Artieda Santacruz
Universidad Central del Ecuador

Resumen

Las crónicas de Indias albergan las primeras representaciones de la diversidad sexual en la ficción ecuatoriana y latinoamericana. Innumerables son los episodios en los cuales los escritores oficiales de la Corona enfatizan en los indios sodomitas, cuyo destino era la condena o la muerte. En tiempos de la república y durante el siglo XX, los personajes 'sodomitas' o quienes se salían de las asignaciones sexuales, continuaron siendo asesinados; la diversidad era ininteligible. Los enunciados acusatorios se convirtieron en actos de habla que consiguieron su cometido: silenciar, generar miedos,

culpas. En función de los cambios políticos a favor de las diversidades en Occidente, la ficción mudó de sentido. Las injurias se han ido revirtiendo y los protagonistas queer, resistidos a la normalización, tienen otro destino en el siglo XXI; aunque las trazas del pasado se resisten a desaparecer, hecho favorecido por una suerte de inconsciente cultural que alberga aún los agravios y aquellas voces homofóbicas, algunas omniscientes.

Palabras claves: conquista, diversidad sexual, nación, queer, injuria.

Abstract

The chronicles of Indias hold the first representations of sexual diversity in Ecuadorian and Latin American fiction. There are countless episodes in which the official writers of the Crown emphasize in the sodomite Indians, whose destiny was death sentence. During the Republic and the XX Century, the 'sodomite' characters, or those who deviated from their sexual as- signation, were assassinated as well: the diversity was unintelligible. The accusatory utterances were transformed into acts of speech that fulfilled their objective: to silence, to foster fears and guilt. In accordance to political changes in favor of diversity in the Western Hemisphere, fiction also changed its way. Insult have been reverted and the queer main characters resisting the norm, have a different destiny in the XXI Century; still, some remnants from the past defy disappearance, a fact favored by some sort of cultural unconscious that still holds on to the aggravations, and those homophobic voices, some of them omniscient.

Keywords: Conquest, Sexual Diversity, Nation, Queer, Insult.

66

Los dictámenes del pensamiento de la Corona

Las representaciones iniciales de la diversidad sexual en la ficción ecuatoriana y latinoamericana se encuentran presentes en los primeros textos escritos en lengua castellana sobre la región y sus pobladores: crónicas de Indias. Innumerables son los episodios en los cuales los escritores oficiales de la Corona enfatizan en los indios sodomitas que encontraron en sus travesías y a los cuales condenaron drásticamente. Sodomita, término de origen judeocristiano, era el apelativo utilizado durante siglos de manera indiscriminada para describir, principalmente, a hombres homosexuales y a hombres identificados con el género femenino. Cuerpos que ahora, tras una serie de revoluciones políticas y semánticas producidas en las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI, podrían llamarse *gay*, *transfe-*

meninos o trans,¹ respectivamente; o simplemente *queer*, reflexionando en torno a la propuesta de que tanto el género como la sexualidad son construcciones culturales y no hechos naturales como aún sostienen los discursos tradicionales y conservadores.²

1 En esta lectura-análisis sobre las construcciones de los personajes alejados de la norma heterosexual por parte de los narradores de la conquista y, luego, por los escritores de la nación desde el siglo XIX, se utilizará el término trans en referencia a las personas que se encuentran en tránsito de uno a otro sexo y/o género —ya sea por medio de la utilización de una vestimenta o a través del uso de prótesis o de procesos de reasignación sexual—, aunque las palabras utilizadas durante más de un siglo han sido travesti y transexual, respectivamente. El término trans presenta connotaciones reivindicativas, pues el vocablo travestismo, inventado en 1910 por el médico y activista alemán Magnus Hirschfeld con el fin de especificar una variación de la sexualidad (Los travestidos: una investigación del deseo erótico por disfrazarse), ha sido utilizado durante más de un siglo de forma acusatoria; de la misma forma que sucedió con la palabra homosexual desde su creación en 1869 por otro activista europeo: Karl-Maria Kertbeny. Vale añadir que por ello, un siglo después (1969), los movimientos de liberación homosexual (EE.UU.) asumieron el término gay, cuya connotación de alegre o divertido rompe con la condena. Asimismo, la palabra transexualidad, utilizada por el endocrinólogo Harry Benjamin, tras un proceso de reasignación sexual (expresión utilizada décadas más tarde para referirse a las llamadas operaciones de cambios de sexo) llevado a cabo por el médico Christian Hamburger (1952) para reasignarle otro sexo al exsoldado del ejército de los Estados Unidos George Jorgesen, ha estado más bien ligada a una condición patológica. Innumerables colectivos o activistas LGBTI han preferido utilizar, entonces, indistintamente el vocablo referido trans o, en su defecto, transgénero; que, ciertamente, como otros términos ligados a las diversidades sexuales, no se encuentra registrado en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua (motivo de análisis también). En esta misma línea, vale precisar que muchos activistas y agrupaciones sociales y políticas se han reapropiado de las injurias con el fin de resemantizarlas, tal como sucedió con la palabra queer en los Estados Unidos (años 90, siglo XX), relacionado en sus orígenes con el insulto y la degradación.

2 Entre los precursores y principales exponentes del pensamiento queer se encuentra la filósofa estadounidense Judith Butler, que ha teorizado al respecto desde los años 90 del siglo XX. En su texto *El género en disputa*, la pensadora —heredera de algunos postulados de Michael Foucault, entre otros, con respecto a las políticas de control sobre los cuerpos impuestas por los Estados y sus instituciones (la Iglesia, entre ellas)— enfatiza que los roles o características atribuidas a mujeres y hombres se encuentran predeterminados culturalmente. Butler plantea: «El género es performativo puesto que es el efecto de un régimen que regula las diferencias de género. En dicho régimen los géneros se dividen y se jerarquizan de forma coercitiva. Las reglas sociales, tabúes, prohibiciones y amenazas punitivas actúan a través de la repetición ritualizada de las normas». La filósofa hace énfasis en que la performatividad se refiere al hecho de repetir o reiterar las normas a través de la cual se constituyen los seres humanos; repetición obligada de dictámenes que anteceden a los sujetos. Véase: Javier Sáez, *Teoría Queer y psicoanálisis*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 140-141. Su postura constituye la base del pensamiento queer, el mismo que plantea una resistencia a la normalización y que

Cronistas como Francisco López de Gómara o Cieza de León reforzaron el perfil de los deseos sexuales fuera de ley, vinculado al vicio y al pecado, que importaron desde que salieron del reino español. La ‘sodomía’ era cotidiana en ciertos pueblos de la América precolombina, parte de rituales religiosos, incluso; hecho que impactó a los foráneos que veían a los cuerpos sin matices. Deseos que no se ajustaban a esos textos previos sobre la sexualidad masculina y femenina, a esa escritura ‘inteligible’ y ‘binaria’ que ha determinado roles y elecciones para cada sexo y género, a la cual habría que sujetarse: una estructura-escritura, un lenguaje que aprehende a hombres y mujeres o que quiere aprehenderlos desde antes de su nacimiento. Salirse de él, de las asignaciones sexuales, ha llevado a la desaparición de quienes lo hacen, como bien cuenta López de Gómara cuando Vasco Núñez de Balboa, en pos del descubrimiento de la mar del Sur, asesina en el pequeño reino de Cuareca a medio centenar de indios «putos»;³ además del cacique Torecha y de su hermano «en hábito real de mujer que no solamente en el traje, pero en todo, salvo en parir, era hembra».⁴ Este relato, que funda la narrativa con personajes de la diversidad en la región, plantea, además, la sentencia irremediable para los personajes homosexuales: la muerte física y/o social, brújula que guiará a la mayoría de escritores hasta finales del siglo XX. Una suerte de tácito acuerdo establecido entre quienes se aventuraron a representar las diversidades sexuales en la ficción. No solo en el país, también en América Latina.

El patriarcado: origen y causa de la violencia a la condición femenina

Pero, si bien son evidentes estas representaciones a partir del siglo XVI, la academia y la crítica literaria las omitió. No habló del tema. Un mutismo casi absoluto se mantuvo hasta iniciar el siglo XXI. Silencio similar al que puede advertirse en la que se considera la primera narración con un per-

uestiona los esencialismos que se han mantenido sobre la sexualidad. Las personas sexualmente diversas fragmentan precisamente esos «ideales» o estereotipos, razón por la cual han sido marginadas durante siglos. La ficción expone con mucha claridad las consecuencias de ese pensamiento binario. Los personajes de la diversidad en gran parte de la ficción viven en mundos marginales al confrontar su deseo con las determinaciones culturales.

3 Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias* (Biblioteca virtual universal, 2003): 271.

4 *Ibíd.*, 270.

sonaje homosexual del siglo XX en el Ecuador, *Un hombre muerto a puntapiés* de Pablo Palacio (1927). Una suerte de pudor, en medio de la ironía, desliza el improvisado detective (narrador del cuento) que ha inferido el deseo del protagonista, Octavio Ramírez, asesinado por su condición homosexual. «No, no lo digo para no enemistar su memoria con las señoras»,⁵ dice. Asunto incómodo, indudablemente. Hablar de la sexualidad diversa ha constituido una problemática durante centurias en países como el Ecuador, cuyo Estado e instituciones oficiales se han visto influidos por discursos conservadores y religiosos.

La sola posibilidad de romper con la inscripción en aquel binarismo masculino-femenino ha generado miedos, angustias, exclusiones, ‘olvidos’, desde todos los sectores, hecho anclado a un patriarcado que ha estado presente en la humanidad desde hace miles de años. Gerda Lerner reflexiona en torno a esta problemática, creación histórica cuyo proceso, afirma, ha tardado alrededor de 2500 años en completarse. Lerner se traslada a las sociedades agrarias en las cuales ubica el origen del sometimiento y utilización de lo femenino. «El desarrollo de la agricultura durante el periodo neolítico impulsó el “intercambio de mujeres” entre tribus, no sólo como una manera de evitar guerras incesantes mediante la consolidación de alianzas matrimoniales, sino también porque las sociedades con más mujeres podían reproducir más niños».⁶ Los agricultores podían emplear mano de obra de estos menores en función de la producción. La historiadora estadounidense acota que los hombres tenían derechos sobre las mujeres que estas no tenían sobre ellos.

69

Las mismas mujeres se convirtieron en un recurso que los hombres adquirirían igual que se adueñaban de las tierras. Las mujeres eran intercambiadas o compradas en matrimonio en provecho de su familia; más tarde se las conquistaría o compraría como esclavas, con lo que las prestaciones sexuales entrarían a formar parte de su trabajo y sus hijos serían propiedad de sus amos.⁷

En sus reflexiones en torno a la homosexualidad, el escritor argentino Manuel Puig, que vincula la moral con la afectividad y no con el sexo o los

5 Pablo Palacio, *Obras escogidas* (Quito, CCE, 2004): 11.

6 Gerda Lerner, *El origen del patriarcado* [Disponible en <https://www.culturamas.es/blog/2018/01/10/gerda-lerner-el-origen-del-patriarcado/>].

7 *Ibíd.*

actos sexuales, acusa, por su parte, a un patriarca que hace muchos siglos habría inventado el concepto de pecado sexual. El objetivo: controlar a las mujeres, entre otros aspectos. «El concepto de pecado hizo posible la creación de dos roles diferentes de mujer, el ángel y la prostituta».⁸ Desde entonces, el peso moral del sexo ha recaído sobre las mismas o sobre quien es penetrado, añade Puig. Esta conformaría, así, una de las principales razones de la condena a la homosexualidad masculina, cuyo imaginario se encuentra estrechamente vinculado con lo femenino, con la penetración. Los personajes *trans*, concebidos durante el siglo XX por varios autores, principalmente por escritores como Raúl Vallejo (años 90) exponen esa censura con mucha claridad. La impensable posición pasiva ‘ininteligible’ en la que los hombres pueden ubicarse ha provocado crueles asesinatos por parte de ese patriarcado exacerbado. La ficción ha representado con bastante precisión un entorno de homofobia y violencia histórico.

70

En los últimos años, la Academia ha abordado la temática de las masculinidades (ligadas a la diversidad) cuestionando precisamente el patriarcado, que parecería haber sido instaurado por una voz omnisciente en un tiempo mítico; pues, efectivamente, en muchas sociedades y culturas de Occidente y Oriente el menosprecio a lo femenino ha sido una constante. Puig continúa: «Extrañamente, alguien un día decidió que la penetración era degradante, vaya uno a saber por qué. El falo tenía para estos extraños moralistas un sentido colonizador y no de un simple cómplice del placer».⁹ De allí, entonces, la importancia de las elecciones y roles, de las identificaciones sexuales. La moralidad y el castigo de por medio. «La mujer iba a tener solamente derecho a ser penetrada y el hombre a penetrar. Y apenas llegado a la pubertad, el ser humano, más bien limitado [...] a ser objeto sexual, debía descubrir enseguida lo que le gustaba y adoptar en consecuencia el rol correspondiente, para llegar a *ser*».¹⁰

Estas reflexiones explicarían, asimismo, preguntas cotidianas como ¿activo? ¿pasivo? en muchas relaciones entre personas sexualmente diversas, que llevan ese imaginario cultural; preguntas que implícitamente conducirían a esa subestimación relacionada con la identidad. En muchos pueblos latinoamericanos, hombres ‘heterosexuales’ mantienen prácticas homosexuales siempre y cuando cumplan ese rol

8 Manuel Puig, *El error gay*, (tomado de *El porteño*, año IX, septiembre 1995) [Disponible en: www.debatefeminista.pueg.unam.mx › uploads › 2016/03 › artículos].

9 Puig, ob. cit.

10 *Ibíd.*

de penetrador. Ubicarse en otra posición, claro, cuestionaría su masculinidad-virilidad. Incluso, las prácticas de sexo oral tienen la misma connotación. A partir de estas reflexiones y de las que desarrollan los filósofos *queer*, con respecto a las construcciones culturales de la sexualidad, se explican las exclusiones de quienes no han encajado en el deber ser. Puig alerta, asimismo, sobre el planteamiento de los colectivos de Liberación Gay en torno a la naturalización de la homosexualidad, que en realidad constituiría «un producto histórico-cultural, tan represivo como la condición heterosexual».¹¹ El ideal para el escritor argentino sería la eliminación de guetos y de las categorías heterosexual y homosexual (términos que se sobreentiende son utilizados para abarcar a todas las diversidades sexo-genéricas) para vivir una sexualidad libre, postura que dialoga con el pensamiento *queer*. Como puede deducirse, un patriarcado arcaico, antiguo, ha afectado todos los discursos.

Las ficciones en tiempos de la Independencia

Aunque la breve novela *La Emancipada* (1863), de Miguel Riofrío, ha sido analizada más bien desde la estética del Romanticismo, presenta todas las características para ser leída desde la postura *queer*. Ello debido, entre otros aspectos, a la liberación de la protagonista (Rosaura) del yugo patriarcal, a las descripciones acerca de su cuerpo que no calzan finalmente con el ideal de aquel cuerpo sumiso. Además, porque la protagonista se resiste a asumir los roles predeterminados por el entorno. Y, aunque Rosaura se presenta como un personaje heterosexual, su forma de vida rompe con las normas, hecho que la lleva al destino descrito por López de Gómara. De esta forma, se funda la novela en el Ecuador: desapareciendo, anulando, silenciado a quien se atreve a fracturar los esencialismos con respecto al deber ser de las mujeres.¹²

71

11 *Ibíd.*

12 En su investigación, *Sacudiendo el yugo de la servidumbre: mujeres afroperuanas esclavas, sexualidad y honor mancillado en la primera mitad del siglo XIX*, María de Fátima Valdivia del Río analiza el tema del honor que categorizaba a los individuos en la época colonial y que se encuentra tanto en una dimensión privada como pública. Sobre la primera, contextualizada entre los siglos XVI y XVIII, aproximadamente, afirma: «En el caso de los hombres, éste se manifestaba en el valor moral del individuo y en la reputación, elemento que otorgaba significado a su masculinidad. En el caso de las mujeres, el honor se basaba en su conducta y honor sexual». Al puntualizar en la dimensión pública, la investigadora acota: «La dimensión pública del honor se manifestó aproximadamente en el siglo XVIII, donde el honor era sinónimo de estatus y

Los relatos con personajes diversos constituyen archivos clave para dar fe de la memoria sexual de las naciones. A la vez que representan cómo han sido estigmatizadas las minorías sexuales, muestra cómo se han ido constituyendo los imaginarios en torno a una sexualidad binaria ‘heteronormada’, aparentemente muy sólida, aunque, en realidad, de frágil estructura. En *La Emancipada* se evidencia la necesidad de reforzar la condición masculina y patriarcal al mismo tiempo que se condena a la protagonista. El territorio de los machos heterosexuales dominantes y agresivos se refuerza constantemente en varios relatos, pero a menudo en función de la condena a la alteridad sexual. La ficción ocupa un lugar muy importante en la constitución de los pueblos.

A partir del patriarcado-machismo se inscriben, entonces, los relatos de la diversidad en esa misma estrecha lógica binaria-egoísta (los deseos fuera de norma son ininteligibles, incomprensibles, ilógicos) durante todo el siglo XX. Situación que también se ha producido en otras naciones de la región. En la que podría considerarse la primera novela con personajes de la diversidad en América Latina, *Los cuarenta y uno: novela crítico social* (Eduardo Castrejón, México, 1906), basada en una redada policial realizada en Ciudad de México (1901), en la cual se apresaron 41 hombres de la diversidad, 19 de ellos ataviados con prendas femeninas, se advierte la misma condena y silenciamiento. Es importante precisar en su muerte social, sobre todo (los personajes son humillados públicamente y exiliados a Yucatán); es decir, en el hecho de estar fuera de la concepción de ciudadanía. Vale hacer hincapié en que muchas ficciones durante el siglo XIX e inicios del siglo XX, principalmente, tuvieron una clara función en América Latina: transmitir valores, maneras de ser ciudadano; cómo ser hombre, cómo mujer; cómo ser parte de un proyecto nacional en el cual, idealmente, debía consolidarse la familia (modelo cristiano, claro) productiva. Quienes salían de la estructura (asignaciones sexuales) entraban en el terreno de la injuria. A partir de ello, el lenguaje simbolizó los señalamientos y exclusiones. Otra historia latinoamericana significativa del siglo XIX, aunque sin claras evidencias de personajes *queer*, es el primer cuento argentino: *El matadero* (1871), de Esteban Echeverría, ambientado en la dictadura de Juan Manuel Rosas. Este relato presenta una serie de simbolismos que condenan

72

prestigio social. Este cambio complejizó las relaciones sociales y acentuó las diferencias sociales al cruzarlo con elementos como clase, etnicidad y género. La protección de la reputación social estuvo ligada entonces a la reputación sexual femenina [...]» Véase Kathya Araujo, Mercedes Prieto, ed., *Estudio sobre sexualidades en América Latina* (Quito: Flacso, 2008).

la diversidad cuando el protagonista (un unitario de unos 25 años) es apresado por los federales y humillado públicamente. El joven, que simboliza la civilización, se resiste a ser ‘sodomizado’, hecho que demuestra el imaginario cultural negativo con respecto a las diversidades.

Injurias: actos de habla que provocan exclusiones

Tras la escritura del vocablo sodomita por parte de las plumas europeas (presente, incluso, en los cuerpos legales como el Código Penal ecuatoriano de 1906), se fue consolidando una serie de adjetivaciones reprobatorias, interminable escalera de palabras: insultos, enunciados peyorativos, con tal fuerza ilocucionaria —citando al filósofo inglés John L. Austin en torno a los actos de habla, sobre todo en aquellos que llevan a cabo una acción cuando son enunciados—¹³ que han logrado su propósito: silenciar, marginar, producir culpas, muertes, suicidios. Es decir, un lenguaje que, al instaurar odio, ha generado efectos sobre los sentimientos y emociones de las personas. Principalmente de quienes han sido objeto de las injurias: «[...] decir algo producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos, pensamientos o acciones del auditorio o de quien emite la expresión o de otras personas. Y es posible que al decir algo lo hagamos con el propósito, intención o designio de producir tales efectos».¹⁴ Solo así puede entenderse las razones del suicidio o la culpa de los personajes de la diversidad, por ejemplo, pensando en tantos protagonistas sufrientes de las ficciones *queer*.

A partir de las consideraciones de Austin, Judith Butler analiza a profundidad estas formas de habla que pretenden comunicar odio, relacionándolas precisamente con esos cuerpos ininteligibles; por cierto, precarios, debido a la violencia física y simbólica a la que están expuestos cotidianamente. Principalmente los *trans*, cuerpos-textos que hablan por sí mismos. Identidades difíciles de ocultar; deseos que,

13 Austin clasificó a los actos de habla en constatativos y performativos. Los primeros describen un hecho y pueden ser verdaderos o falsos; por su parte, los performativos producen una acción, sin ser verdaderos ni falsos. El filósofo planteó para algunos actos de habla las categorías de locucionarios, ilocucionarios y perlocucionarios. En términos generales, los primeros se refieren a la emisión de los sonidos de los enunciados que tienen cierto significado; los segundos, a los actos que se producen en sí mismos al pronunciar algo. Los terceros, en cambio, a los efectos que los enunciados producen, ya sea en el hablante o en la audiencia. Véase: John L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras* (Barcelona: Paidós, 1990).

14 Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*. 145.

probablemente, tampoco tienen el interés de estar ocultos, que escriben a tiempo completo su deseo. Identidades excluidas, inclusive, al interior de los colectivos de la diversidad. Butler, entonces, retoma y amplía el concepto de performatividad del pensador anglosajón: «Un performativo es eficaz no solo cuando realizo el acto, sino cuando a partir de este acto se derivan un conjunto de efectos»;¹⁵ y, aunque no todos los enunciados actúan con la misma fuerza, en el caso de los agravios en contra de la diversidad, los efectos se han generado casi automáticamente, afectando la emocionalidad de las personas censuradas. Una larga historia de ofensas antecede a las comunidades afectadas. «En el principio hay la injuria. La que cualquier gay puede oír en un momento u otro de su vida, y que es el signo de su vulnerabilidad psicológica y social. “Sucio marica” (“sucias tortillera”) no son simples palabras emitidas casualmente. Son agresiones verbales que dejan huella en la conciencia»,¹⁶ aclara por su lado el filósofo francés Didier Eribon.

74

Al constituir las injurias, parte de la historia lingüística de las sociedades se halla inscrita en sus estructuras (imposible borrarlas). Butler señala que «el daño lingüístico parecer ser el efecto no solo de las palabras que se refieren a uno sino, también del tipo de elocución, de un estilo —una disposición o un comportamiento convencional— que interpela y constituye a un sujeto».¹⁷ No obstante, a través del insulto, paradójicamente, la persona injuriada tiene una «cierta posibilidad de existencia social».¹⁸ Por ello es que, en las últimas décadas, en una suerte de agenciamiento lingüístico, las injurias se han retomado para otorgarles otras significaciones: la utilización del mismo mecanismo a favor de la defensa y la reivindicación, como ha sucedido con el término *queer* en los Estados Unidos.

Narrativas *queer* del siglo XX: homofobia, violencia, muerte

Gran parte de personajes de la ficción ecuatoriana hasta finales del siglo XX no tuvieron la posibilidad de ejercer ese derecho semántico o lingüístico de revertir las injurias. El entorno sociocultural no los permitió. Glosarios saturados de agravios han sido imposibles de sobrellevar: adjetivaciones-lugares comunes, actos de habla a través de los cuales han dialogado autores como Palacio, Benjamín Carrión (su novela de largo aliento *¿Por*

15 Judith Butler, *Lenguaje, poder e identidad* (Madrid: Síntesis, 1997): 38.

16 Didier Eribon, *Reflexiones sobre la cuestión gay* (Barcelona: Anagrama, 2001): 29.

17 Butler, *Lenguaje, poder e identidad*. 17.

18 *Ibíd.*

qué Jesús no vuelve?, escrita entre 1929 y 1959, es la más significativa en el siglo XX, pues ha reflexionado con mayor profundidad sobre la condición homosexual, a pesar de condenarla); Rafael Díaz Icaza o Pedro Jorge Vera, entre otros. Es necesario reiterar que, en esta narrativa, la condición *trans* expone las mayores exclusiones. Las escenas que describen los autores que más la han expuesto (años 90), como Raúl Vallejo (“Cristina envuelto por la noche”, “Te escribiré de París”, entre otras) y Javier Ponce (*Resígnate a perder*), son desgarradoras: crueles homicidios «a sangre fría», evocando la máxima obra de Truman Capote. A ellas se suman las descripciones de Huilo Ruales en “Es viernes para siempre Marilyn” y las impresiones transfóbicas de los protagonistas de “Historia de un intruso”, de Marco Antonio Rodríguez, también pertenecientes a las últimas décadas del siglo pasado. Estas historias estrechan lazos con el clásico latinoamericano *Lugar sin límites* (1966) de José Donoso y con las crónicas de Pedro Lemebel, *La esquina es mi corazón* (1995) y *Loco Afán* (1996). Sin embargo, cabe enfatizar que en el caso de Lemebel el lugar de enunciación es claro. Su propuesta es ante todo política: denunciar los sistemas represivos en Chile. Habla y escribe desde su lugar *trans*, desde su alteridad agravada. También desde su condición étnica y social.

Por su parte, el deseo lésbico — apenas abordado — aparece más ligado al reproche y al deber ser. Escritores como Eugenia Viteri, Jorge Dávila y Raúl Pérez Torres, establecen un claro diálogo. La figura masculina irrumpe como una barrera o una voz que censura o se interpone, desde el relato que podría considerarse inicial con mujeres de Lesbos: “Al subir el aguaje” (Joaquín Gallegos Lara, 1930), caracterizado, además, por la injuria.

75

Siglo XXI: resignificaciones, rastros del pasado, propuestas refrescantes

Es sobre todo a finales de la centuria pasada e inicios del siglo XXI cuando los protagonistas *queer* ecuatorianos empiezan a revertir ese lenguaje violento (Pérez Torres, Lucrecia Maldonado). A resemantizar algunas palabras ofensivas apoderándose de los insultos. Sin embargo, las mayores inflexiones se producen cuando la voz narradora ya no precisa de adjetivaciones o categorizaciones para referirse las diversidades sexuales. Santiago Páez excluye literalmente ese lenguaje excluyente, valga la redundancia. En *Moradas provisionales* resignifica la sexualidad a través de unos cuerpos-deseos que cambian de género sin advertirlo. Sutil y repentinamente, sus personajes transitan entre lo masculino y lo femenino.

Es importante hacer hincapié en que, si durante el siglo XX prevaleció el género del cuento corto en esta escritura ‘marginal’, en el siglo XXI va imperando la novela. Lucrecia Maldonado publica, en 2005, *Salvo el Calvario*, en la cual no solo naturaliza el amor homosexual, sino que resemantiza términos como ‘maricón’. En 2013 se publica la novela *Bajo el hábito*, de Pedro Artieda, cuyo protagonista *trans*, un franciscano sesentón (la historia del primer viejo, quizás), revive las culpas pasadas, aunque su deseo sale triunfante. Luis Borja Corral imprime, en 2014, sus *Pequeños palacios en el pecho*, vertiginoso texto que también olvida casi por completo las categorías, aunque imaginarios culturales como la supuesta inestabilidad emocional de las personas homosexuales se hallan implícitos. El final de su historia se remite al pasado: la muerte, destino infalible. Luego, en 2016, Juan Pablo Castro Rodas presenta *La curiosa muerte de María del Río*, novela negra que evoca a Palacio con todos los elementos del género policial: método deductivo, presencia del detective, escritura periodística. Raúl Vallejo vuelve al mismo tiempo con otra historia que establece, como Páez, un quiebre clave: el amor entre un ejecutivo heterosexual de clase media alta y una persona *transfemenina* a punto de sellarse en una ceremonia. Vallejo contextualiza su historia *Gabriel(a)* en el mundo contemporáneo, evocando hechos como la aprobación del matrimonio civil igualitario o manifestaciones del orgullo LGBTI. Temas similares a los que Adolfo Macías aborda en su cuento *Los azules* (2013).

Los juegos exuberantes de la lengua

Los cuentos y propuestas lingüísticas neobarrocos son parte también de las nuevas narrativas. *La Venus impropia*, de Eduardo Adams (2007), establece otro tipo de rupturas, como la que magistralmente propuso Javier Vásconez en 1982 en el cuento “Angelote, amor mío”: irreverentes gramáticas que han puesto en jaque a los formalismos y leyes de la lengua. La creación de neologismos, cambios de género en algunas palabras y aparentes faltas de concordancia son bastante evidentes; igualmente en la escritura de otros autores como Marcelo Báez: “Élella”, 2013; hecho propuesto tempranamente, de la misma forma, por Raúl Vallejo en su historia sobre Cristina y que ha vuelto a plantear en *Gabriel(a)*. Pero estas irrupciones lingüísticas tienen su historia en la narrativa de la región. Ya se advierten, aunque tímida-

mente, en la novela *Hombres sin mujer* (Carlos Montenegro, Cuba, 1937), en la historia mexicana de Castrejón y en la de José Donoso. Y de manera más clara en *Cobra* (Severo Sarduy, Cuba, 1972) y en *Prosa plebeya* de Néstor Perlongher (Argentina, 2008). Otro texto paradigmático que, además, utiliza frecuentemente el recurso literario de la ironía es *Al diablo la maldita primavera*, de Alonso Sánchez Baute (Colombia, 2007).

Narradores omniscientes homofóbicos

En esta lectura sobre ficciones *queer* es necesario, igualmente, enfatizar en las voces omniscientes que toman distancia de la homofobia, la *transfobia* o la *lesbofobia*,¹⁹ al describir personajes homofóbicos y agredidos, escenificando entornos y relatando hechos que condenan la sexualidad diversa; así como aquellas voces en que, con claridad, toman una postura. Que, desde su lugar de enunciación, censuran categóricamente lo diverso, constituyéndose en una suerte de voces omniscientes homofóbicas, las mismas que se mantienen durante siglos y que, cuando parecerían haber sucumbido, vuelven súbitamente en la actualidad. Estas voces están presentes desde los tiempos de la conquista, desde esa escritura oficial que luego se actualiza durante los siglos XIX, XX y XXI, tanto en Ecuador como en América Latina. Autores como Joaquín Gallegos Lara, Pedro Jorge Vera y Carlos Aulestia, entre otros, las construyen. De la misma forma, lo hacen Castrejón y Montenegro. Estos omniscientes homofóbicos castigan a través de sus injurias y enunciados, remitiendo a los tiempos de la Edad Media.

77

19 Transfobia y lesbofobia son vocablos que tampoco se encuentran registradas en el diccionario de la RAE. No obstante, de igual forma, se utilizan permanentemente en el ámbito del activismo LGBTI y de los estudios de género. En algunos colectivos se ha cuestionado la prevalencia de lo homosexual o, desde los años 70, de lo gay, como términos que han querido abarcar a toda la diversidad. Esto ha constituido una problemática, pues a nivel lingüístico no se encuentran representados todos los colectivos. Por ello, el uso de las siglas LGBTI es más abarcador. No obstante, desde el pensamiento queer esta necesidad lingüística ya no tendría mucho sentido: lo que se pretende es anular las diferencias. Al identificarse como gay, lesbiana o trans, de forma cerrada, se excluyen a otras poblaciones-identidades, incluida la heterosexual. De todas formas, son términos con los cuales las poblaciones continúan identificándose. Lo importante, en todo caso, es que no constituyan categorías cerradas. Una persona gay no es igual a otra y así por el estilo.

Bibliografía

- Aguilera Malta D, Gallegos Lara J., Gil Gilbert E, *Los que se van*. Quito: Ariel, 2008.
- Araujo, Kathya, Mercedes, Prieto, ed., *Estudio sobre sexualidades en América Latina*. Quito: Flacso, 2008.
- Austin, John L., *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Artieda Pedro, *Bajo el hábito*. Quito: Eskeletra, 2013.
- Aulestia, Carlos, *Köndenasjón*. Quito: Del Tábano, 2012.
- Benavides, Hugo, “La representación del pasado sexual de Guayaquil: historizando los enchaquirados”, *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, N° 24. Quito, enero 2006.
- Borja Corral, Luis, *Pequeños palacios en el pecho*. Quito: PUCE, 2014.
- Butler, Judith, *El género en disputa, el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.
- , *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis, 1997.
- Carrión, Benjamín, *Por qué Jesús no vuelve*. Quito: CCE, 1963.
- Castrejón, Eduardo, *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. México: UNAM, 2013.
- 78 Castro Rodas, Juan Pablo, *La curiosa muerte de María del Río*. Bogotá: Random House Mondadori, 2016.
- Donoso, José, *Lugar sin límites*. Barcelona: Bruguera, 1984.
- Eribon, Didier, *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Gabinete Sociológico Biker S. L.: Herrero Iratxe y Díaz de Argandoña, Carlos, *La situación de las personas transgénero y transexuales en Euskadi*. Vitoria: Ararteko, 2009.
- Horswell, Michael J., *La descolonización del “sodomita” en los andes coloniales*. Quito: Abya-Yala, 2013.
- Kulawik, Krzysztof, *Travestismo Lingüístico*. Madrid: Iberoamericana-Veruert, 2009.
- López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias*. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-general-de-las-indias--0/html/>
- Lerner, Gerda, *El origen del patriarcado*, [Disponible en: <https://www.culturamas.es/blog/2018/01/10/gerda-lerner-el-origen-del-patriarcado/>].
- Maldonado, Lucrecia, *Salvo el calvario*. Quito: Planeta, 2005.
- Melo, Adrián, *Historia de la literatura gay en Argentina*. Buenos Aires: Lea, 2011.
- Mondimore, Francis Mark, *Una historia natural de la homosexualidad*. Barcelona: Paidós, 1998.

- Montenegro, Carlos, *Hombres sin mujer*. México: Lectorum, 2008.
- Páez, Santiago, *Moradas provisionales*. Quito: Cactus Pink, 2018.
- Palacio, Pablo, *Obras escogidas*. Quito: Casa de la Cultura, 2004.
- Perlongher Néstor, *Prosa Plebeya*. Buenos Aires: Colihue, 2008.
- Ponce, Javier, *Resígnate a perder*. Quito: Seix Barral, 1998.
- Puig, Manuel, *El error gay* (tomado de *El porteño*, año IX, septiembre de 1995). [Disponible en: www.debatefeminista.pueg.unam.mx > uploads > 2016/03 > artículos].
- Riofrío, Miguel, *La Emancipada*. Quito: Antares, 1992.
- Sáez, Javier, *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis, 2008.
- Sarduy, Severo, *Cobra*. Buenos Aires: Sudamericana, 1972.
- Serrano, Raúl, *Cuerpo adentro, historias desde el clóset*. Quito: Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, 2013.
- Sánchez, Alonso, *Al diablo la maldita primavera*. Bogotá: Punto de lectura, 2007.
- Sommer, *Ficciones fundacionales*. Colombia: FCE, 2007.
- Vallejo, Raúl, *Gabriel(a)*. Bogotá: Penguin Random House, 2019.
- , *Fiesta de solitarios*. Quito: Libresa, 1998.
- Vásconez, Javier, *Un extraño en el puerto*. Quito: Libri-Mundi, 1998.
- www.debatefeminista.cieg.unam.mx > uploads > 2016/03 > articulos

Pedro Artieda Santacruz (Quito, 1964). Magíster en Estudios de la cultura, mención Literatura Hispanoamericana y Psicólogo clínico. Actualmente, es candidato a doctor en Literatura latinoamericana por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Ha publicado, entre otros, las novelas *Nadie lo sabe con certeza* (2001), *La última pared roja* (2008) y *Bajo el hábito* (2013). Con el ensayo *La homosexualidad masculina en la narrativa ecuatoriana* obtuvo el Premio Manuela Sáenz (2004). En abril de 2010, fue invitado a participar en la Sexta Conferencia Internacional sobre estudios de la sexualidad y activismo LGBT en América Latina (Universidad de Pittsburgh, EE. UU.). Docente en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central del Ecuador.